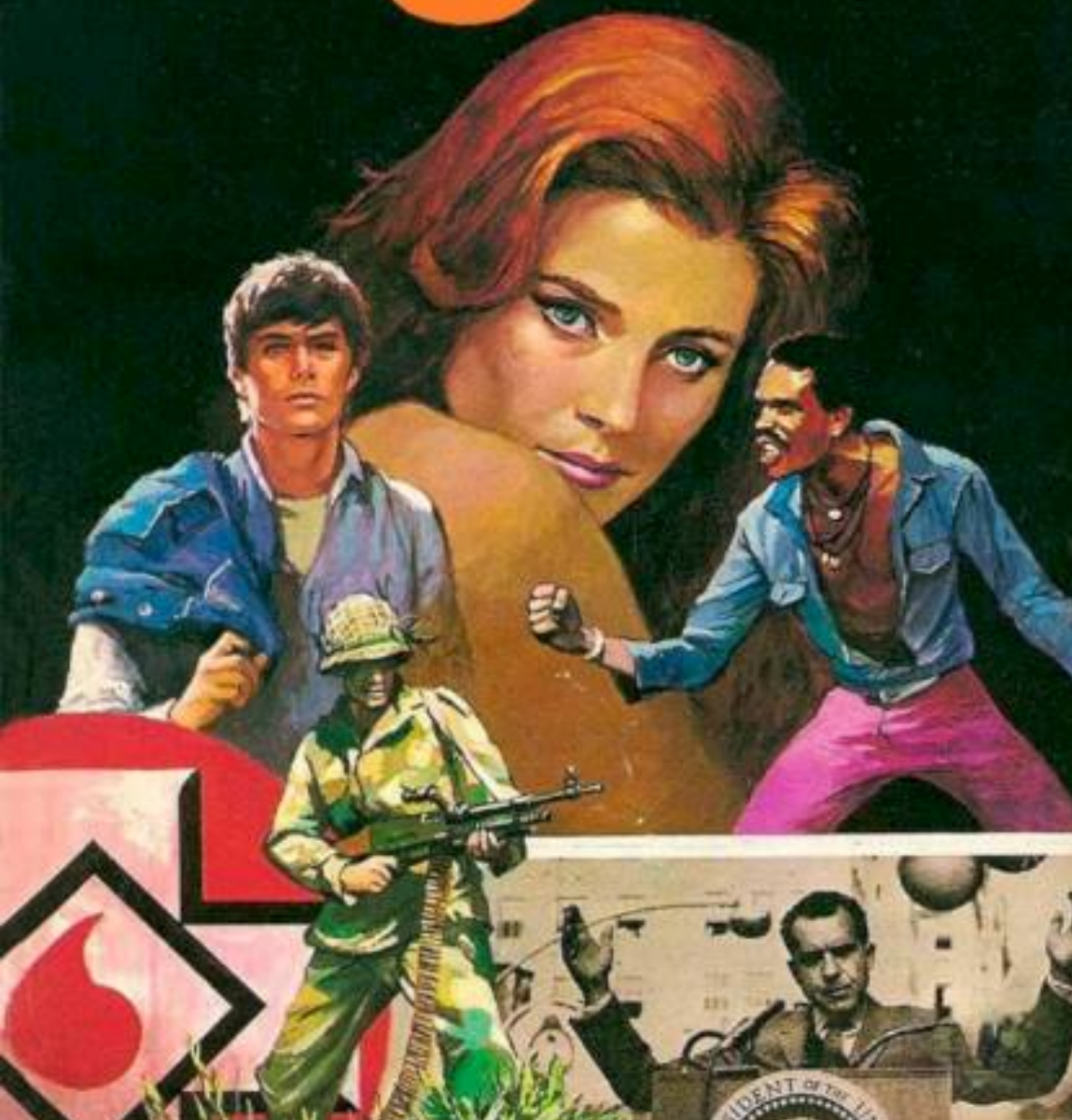


# el Howard Fast Legado



Con «El legado», Howard Fast continúa la saga de la familia Lavette durante los años sesenta. La figura dominante de esta tetralogía («Los inmigrantes», «Segunda generación», «El sistema» y «El legado») es Barbara Lavette, una mujer brillante y de talento. Aquí la vemos profundamente comprometida con el movimiento feminista y angustiada, a la espera de que su hijo Sam sea reclutado y enviado al Vietnam, con lo cual ella entrará de nuevo en la corriente de la Historia. El relato abarca una época de gran turbulencia, y los Lavette se encuentran en el centro de muchos acontecimientos: el linchamiento por los derechos civiles en el Sur, la Guerra de los Seis Días en Israel, Vietnam, disturbios en las calles...

Para Rachel y Jonathan  
mis queridos amigos y consejeros  
en el arte de vivir.

## Uno

A cualquiera que visitase San Francisco a finales de los años cincuenta le habrían aconsejado que junto con los tranvías, la Coit Tower y el Puente Golden Gate, tratara de ver a Dan Lavette. Aunque no era tan conocido como las cosas antes mencionadas, excepto localmente, Dan Lavette; constituía, sin embargo, una especie de institución ciudadana, y casi cada mañana, si no hacía mal tiempo, podía ser encontrado paseando a lo largo del Embarcadero, en compañía de su esposa Jean. Si el visitante deseaba más detalles, le habrían dicho que buscara a un hombre corpulento, de más de metro ochenta de estatura, con una greña de pelo rizado blanco como la nieve y el rostro curtido tan lleno de rayas y arrugas como un mapa en relieve del norte de California. Con toda seguridad llevaría pantalones de franela gris y un jersey de punto irlandés, yendo cogido del brazo con una hermosa mujer de pelo blanco casi tan alta como él. Desde el edificio del transbordador al Muelle del Pescador, conocía a todos los tenderos, vendedores callejeros, pescadores y habituales frequentadores del Embarcadero.

Habitualmente a eso de las nueve, los Lavette salían de su casa situada en Russian Hill, bajando por Leavenworth hacia la bahía. Pero, en verano, cuando la afluencia de turistas al Embarcadero resultaba masiva, se dirigían al Parque Golden Gate, para dar su paseo entre el Jardín de Té Japonés y el océano, regresando por el mismo lugar. Eran buenos andarines, y después de casi medio siglo de cono-

cerse, sus silencios eran tan pertinentes y agradables como su conversación.

En esta mañana, de un día de la última semana de agosto, habían decidido dar su paseo matutino por el Parque Golden Gate. El tiempo se había vuelto desapacible, como sucede a veces en agosto, y la niebla del Pacífico que envolvía a la ciudad no daba muestras de disiparse. Una vez se hallaron en el parque, Jean se preguntó si en aquel día no sería preferible encender un fuego en la chimenea del estudio de Dan y tomar un cóctel antes del almuerzo. Dan se disponía a manifestar su conformidad, pero comentó que, con la niebla, el jardín japonés tenía una extraordinaria y cautivadora belleza, y puesto que estaban ya allí, podían dar un paseo por el Jardín de Té.

—Como desee mi señor —dijo Jean.

—Muy bien, vieja dama, así me gusta que hables. — Jean llevaba una falda gris de pliegues y un jersey blanco de casimir, y su marido la miró con aprobación cuando ella salió del coche—. Hoy tienes un aspecto magnífico.

—¿Y no lo tengo todos los días?

—Me gusta lo que llevas puesto.

—Ya es viejo, pasado de moda.

—Bueno, eso es lo que me va a mí.

—No, Danny, muchacho, esto es un cumplido de lo más delicioso, y los piropos a los sesenta y ocho años son muy especiales. —Ella le cogió el brazo y ambos empezaron a pasear por los laberínticos caminos del Jardín de Té. Tenían todo aquel lugar para ellos solos; por allí no se veía ni un alma.

De pronto, surgiendo de detrás de unos arbustos, aparecieron ante ellos dos hombres jóvenes, de unos veinticinco años; vestían pantalones tejanos, camiseta y ajustadas chaquetas de cuero. Uno de ellos tenía el cabello sucio y fibroso y le llegaba hasta los hombros; el otro era más moreno, con largas patillas y mandíbula poderosa. El individuo de pelo largo y claro, cuyos ojos eran de color pálido, lleva-

ba una larga navaja automática en la mano. El sujeto estaba en tensión, alerta, el cuerpo le temblaba ligeramente. El individuo moreno llevaba una manopla en su puño derecho. El hombre de cabello claro era alto y bien constituido; el otro era más bajo y delgado.

—Muy bien, papi —dijo el que llevaba la navaja—. Vacía tus bolsillos. Y usted, señora, suelte el bolso.

—De acuerdo —admitió Dan—. Tened calma. Nada de jaleos. —Notó que Jean apretaba su brazo con más fuerza, y entonces él le susurró—: Déjame hacer, querida.

Ella le soltó el brazo y dejó caer su bolso al suelo.

—Sin cuchicheos —dijo el hombre bajo, haciendo una mueca—. Queremos enterarnos de todo.

—Aquí tenéis más de cien dólares —dijo Dan, sacando su billetera. Él les alargó el dinero, y el hombre de la manopla lo tomó—. Habéis dado un buen golpe —dijo Dan—. No queremos problemas.

—Nada de problemas, papi. Quiero tu reloj y también el de la vieja.

Mientras Dan se quitaba el reloj, el hombre de la navaja dijo:

—Esta vieja tiene una pechuga cojonuda. ¿Te has follado alguna vez una momia, Lucky?

—Ya tenéis vuestro dinero —dijo Dan—. Haced las cosas bien y largaos de aquí.

El individuo de cabello claro se adelantó y puso el filo de la navaja en el cuello de Dan.

—Si haces algún movimiento, papaíto, te corto en rodajas. —Y dirigiéndose al otro—: Mira a ver si la pechuga de la vieja es real o las tetas son postizas.

Jean permaneció quieta, sin retroceder mientras el hombre bajo se aproximaba a ella. Éste extendió la mano para tocarle el pecho, y, en aquel momento, cuando el sujeto de cabello claro volvió la cabeza para mirar, Dan le pegó un rodillazo en la entrepierna. Dan sintió un dolor en el cuello y mientras el individuo alto se doblaba a causa del

golpe, Dan le propinó con todas sus fuerzas un puñetazo en un lado de la cara. Al mismo tiempo, Dan sintió en su hombro izquierdo el golpe de la manopla. Al saltar para apartarse, el hombre bajo se aproximó a él, pero Dan consiguió coger con ambas manos el brazo del agresor. Con todas sus fuerzas, logró alzar en vilo al individuo y arrojarlo sobre unos matorrales. El tipo alto yacía en el suelo, inconsciente. El otro salió arrastrándose de entre los matorrales, gimiendo de dolor, con un brazo dislocado, y se marchó de allí dando traspies todo lo de prisa que pudo.

Dan se quedó tembloroso, jadeante, mientras un hilo de sangre descendía por su jersey.

—¡Dios mío, te ha cortado! —gritó Jean.

—No es nada. Sólo un arañazo.

—Déjame que te lo mire. Estás sangrando como un cerdo.

—Gracias —dijo él respirando dificultosamente—. Es lo que necesitaba oír.

—Dame tu pañuelo. —La mano de él tembló mientras le daba el pañuelo a su esposa—. Esto lo contendrá. Suerte de estos jerseys de cuello cisne. ¡Vaya un matón que estás hecho!

Él asintió, sonriente.

—¿Te encuentras bien, Danny?

—Claro que estoy bien. —Se le había aliviado el dolor del pecho. Respiró varias veces profundamente—. ¿Puede creerse esto? Estamos en plena mañana en el parque y no se ve un policía ni un alma. ¡Esto sí que es una civilización!

Jean había recogido la billetera y su bolso.

—Creo que lo has matado, Danny. No se mueve.

—No creo. —Él se inclinó para meter la mano en el bolsillo del sujeto inconsciente.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero mi reloj. Pagué doscientos dólares por ese reloj.

El yacente exhaló un gemido.

—Vayámonos de aquí, Danny —rogó Jean.

—¿Y permitir que este cerdo asalte a otras personas?  
¡Ni hablar!

El hombre estaba ahora apoyado sobre sus manos y rodillas, quejándose de dolor. Dan recogió la navaja y se la entregó a Jean. Después puso al tipo de pie cogiéndolo por el cuello de la ropa, le dobló un brazo detrás de la espalda, y le dijo:

—Vamos a dar un paseo hasta allí arriba, hijito. Si haces un movimiento en falso, te romperé el brazo... y créeme, sentiría un gran placer al hacerlo.

Pasaba de la hora del almuerzo cuando acabaron con la Policía y las declaraciones. Jean había limpiado la herida, cubriéndola con tiritas. Dan se había cambiado de ropa y estaba cómodamente sentado en una silla en el estudio, con un cigarro en una mano y un vaso de whisky en la otra.

—Quiero que te reconozca el doctor Kellman —dijo Jean—. No creas que no te vi respirando con dificultad y tocándote el pecho.

—No es nada. Me encuentro bien.

—¡Y ese cigarro!

—¡Mujer, por el amor de Dios! Te salvé de un destino peor que la muerte.

—No lo sé. Ser violada a mi edad..., pues constituiría una experiencia. ¡Y estás hecho un monstruo! Nunca lo hubiese creído... Este hombre tan dulce, un anciano de cabellos blancos a quien nuestro alcalde ha llamado tesoro ciudadano.

—Ya sabes, querida, que no me he metido en una pelea real en treinta y cinco años. Creo que es como montar en bicicleta: es algo que no se olvida. Pero yo no deseaba que sucediese. Yo quería que cogieran el dinero y se largasen.

—Fue muy valiente y noble por tu parte, Danny.

—¡Diablos, pues claro que sí! Y también estúpido... atacar a un sujeto que me había puesto una navaja en el cuello.



—Desde luego, no suelen luchar por las mujeres de mi edad. Pero, en lo sucesivo, pasearemos por el Embarcadero. El mundo está cambiando, Danny.

—No cabe duda —admitió él.

La hija de Dan, Barbara Lavette, escribió en su primera novela, que llevaba como título *Driftwood*: «El sentido de ser una mujer es el sentido de ser un marginado. Ha habido otros marginados: los esclavos, las minorías, los judíos, y, en un lugar u otro, tanto los católicos como los protestantes. Pero, a lo largo de toda la historia conocida, sólo ha habido una marginada constante: la mujer. Ella nunca pertenece al mundo; siempre permanece al margen, tolerada, amada a veces, respetada menos veces; esporádicamente ha podido ejercer un poco de poder. Pero aun incluso en el poder, nunca es libre de apartarse del borde del círculo y situarse en el centro del mismo».

William Goldberg, que estaba produciendo una película basada en el libro de Barbara, subrayó este párrafo y le dijo a ella:

—Me parece que ahí está la raíz de tu problema. No me meto en lo que hayas puesto en el libro. Eso es cosa tuya. Una película es otra cosa. No es que comparta plenamente esa opinión. No sitúo a mi mujer en esa categoría, y casi he conseguido que Kelly Jones sea protagonista. Estamos muy unidos, condenadamente unidos, y si tuvieras alguna idea de la clase de zorra arrogante y exigente que es, tampoco la clasificarías en esa categoría. De todos modos, no estoy seguro de entender qué diablos quieres decir. Me limito a olfatearlo en todo tu guión, y eso es lo que no me conviene.

—He tratado de explicártelo, Bill —dijo Barbara con impaciencia—. No es nada que yo haya creado o inventado. Es la esencia de la película.

—Nunca he comprendido por qué insististe en escribir el guión.

—Porque el relato es mío.

—El libro sí, pero no la película. Bueno, claro, es tu relato —añadió él apresuradamente, al ver la expresión de ella—, pero, al mismo tiempo, no lo es. De cualquier modo, voy a hacer que se encargue del guión otro escritor. No tengo más remedio.

Jerry Kanter, elegido para director de la película que se basaría en *Driftwood*, ya se había refocilado en informarle a ella que aquello sucedería tarde o temprano.

—Siempre pasa lo mismo. No es que te desestimen, Barbara. Te pagaron cincuenta de los grandes por el primer texto, y eso es una cantidad soberbia. Ten en cuenta que es una chiripa que compren para el cine un libro que tiene ya veinte años.

—Entonces, ¿por qué me dejó hacer el primer guión?

—Es un gesto. Esta industria está llena de gestos, casi todos ellos obscenos. Créeme, ten confianza en Bill Goldberg. Él es el primero que ha tenido redaños para no hacer caso de la lista negra, y el libro va a ser llevado a la pantalla. Eso es lo que cuenta.

Barbara no estaba segura de que aquello contara, o de hasta qué punto contaba. Ahora, en diciembre de 1958, estaba concluyendo su tercer mes en Los Ángeles. Hubo un tiempo en que le gustaba vivir en Los Ángeles, hacía ya años, cuando su padre había vivido allí. Ahora..., bueno, ahora ella había estado demasiado tiempo en la *suite* de un hotel. En este momento se acercó a la ventana después de que Goldberg se hubiera marchado, y contempló cómo caía la lluvia; eran auténticas mantas de agua que se precipitaban con una furia aparentemente vengativa que compensaría por todos aquellos meses de sequía desde abril. A través de la lluvia, podía distinguir vagamente la silueta de las colinas de Santa Mónica. Ella se arropó en una desesperada, aunque no demasiado incómoda, capa de soledad, consciente de que la derrota que acababa de sufrir era de pequeña importancia, pero sentíase atrapada en la impotencia de ver cómo le habían arrebatado su preciosa obra...

Sería recortada, cambiada y desvirtuada. Sin embargo, la derrota no era tan abrumadora. Preciosa no era quizá la palabra más apropiada, y ella se preguntó cuánto le importaba en realidad aquel libro escrito hacía ya tanto tiempo. El tiempo lo borra todo suavemente, y cuando sonó el teléfono, ella cambió de talante y decidió que pronto, muy pronto, regresaría a su casa de San Francisco, permaneciendo fuera de aquel maldito mundo cinematográfico.

La llamada era de Carson Devron, y Barbara le dijo:

—Gracias a Dios que eres tú. Necesitaba oír tu voz. ¡Bendito seas!

—Ya me lo explicarás luego. Mientras tanto, esta lluvia cesará dentro de una hora. Pasaré a recogerte antes. Iremos en coche a la playa y andaremos sobre la arena húmeda. Te prometo que comeremos unos mariscos deliciosos, ¿de acuerdo?

—Sí, claro que sí. ¿Qué ropa debo ponerme?

—Pantalones tejanos. Un suéter grueso y sandalias.

—Estaré abajo, esperándote —dijo Barbara—. Y salvada.

—Pues me alegra haberte salvado —dijo Carson—. Dentro de treinta minutos estaré ahí.

Ella había conocido a Carson Devron tres meses antes, la noche de su cuarto día en Los Ángeles. Goldberg, su productor, había organizado una fiesta para ella, en la mansión de éste en Beverly Hills. La mansión era una gran casa de estilo neoclásico, cuyo trazado recordaba vagamente a las residencias de las plantaciones del Sur, antes de la guerra de Secesión. Según había dicho Goldberg, a la fiesta acudirían todas las personas que significaban algo. Ya que Barbara no conocía a quienes eran importantes en lo que pasaba por ser la sociedad de Los Ángeles, admitió las palabras de Goldberg, pero no se quedó muy impresionada. Aparte media docena de estrellas cinematográficas cuyas caras reconoció, no vio allí a nadie que ella conociese, y después de una serie de presentaciones, tanto los rostros

como los nombres se confundieron en algo indefinido. A Barbara no le gustaban las fiestas, y las fiestas en que casi todo el mundo era desconocido le resultaban particularmente insoportables. Ella no era una gran bebedora y tampoco era muy aficionada a las conversaciones intrascendentes. Rodeada por un grupito de personas que Goldberg se había esforzado en conducir hacia ella, Barbara trataba de mostrarse agradable y soportar la situación. Entonces se fijó en ella Carson Devron. Él la vio al principio como una alta y hermosa mujer, de recia osamenta, de unos cuarenta y tantos años, con el cabello color miel recogido en un moño en el cuello y que todavía no había empezado a volverse gris. Sus rasgos eran correctos, las cejas bien trazadas, los ojos azul pizarra, la boca bien formada y algo grande..., pero en realidad fue su planta lo que le atrajo a él: su estatura, lo enérgico de sus movimientos, su poderosa cabeza. Carson Devron estaba hablando con Jack Sheldon, miembro del Ayuntamiento de Los Ángeles, en el momento en que reparó en Barbara, y le preguntó a Sheldon quién era ella.

—¿Quién?

—Esa mujer alta con vestido azul.

—Ésa, muchacho, es Barbara Lavette, la famosa, según el sentido en que se mire, invitada de honor.

—Me gustaría conocerla —dijo Carson.

—Ve tú mismo a presentarte. A mí todavía no me la han presentado. Goldberg lo ha intentado, pero yo no me he decidido todavía a relacionarme con ella.

—¿Por qué?

—¿No lo adivinas?

—Eres un atontado, Sheldon, y discúlpame.

—De acuerdo —dijo Sheldon tristemente.

Barbara ya se había fijado en Carson Devron, y lo había tomado por un actor. Era una suposición razonable. Devron era un individuo cuya estatura sobrepasaba el metro ochenta, rubio, bastante apuesto, ojos color avellana, rostro agradable, anchos hombros y la musculatura de atleta. Había

participado en unas Olimpiadas, consiguiendo una medalla de bronce en el decatlón. Los veranos se había dedicado a hacer surf en las playas; en suma, era un buen producto de California, y aquello resultaba bastante evidente. No es que a Barbara le disgustase lo que él representaba, pero ella entendía que él no pertenecía a su mundo y, por lo tanto, no le interesaba. Él se decidió a abrirse paso hasta ella a fin de presentarse; Barbara aceptó su saludo y se pusieron a hablar. Tiempo después, no pudo recordar con quién había estado hablando. Lo que tuvo perfectamente claro fue el modo en que Devron permaneció delante de ella, con firmeza, observándola y sonriendo ligeramente.

—Miss Lavette —dijo él por segunda vez—, me llamo Carson Devron, y tengo muchos deseos de hablar con usted.

—Ya me lo ha dicho. Carson Devron. Usted es actor. —No tuvo nada mejor que decir. Ella empezaba a sentirse irritada: por la fiesta, por lo aburrido que resultaba todo, por aquel hombre que estaba frente a ella, con su buena presencia y cabello rubio. A ella le parecía tan intrascendente como todo lo que había en aquel lugar.

—¿Por qué dice usted eso? —quiso saber él.

«Porque eres un figurón —pensó ella—. Si te dijera eso, que eres un figurón, que resultas ridículo, ¿cómo reaccionarías? ¿Por qué no te largas?». En lugar de ello, murmuró algo así como que él tenía aspecto de actor.

—No soy actor, Miss Lavette, y me gustaría que no se decidiera a despreciarme hasta que pueda basarse en algo terrible que descubra. Yo sé mucho acerca de usted. Usted, en cambio, no sabe nada acerca de mí.

—Eso es verdad —admitió ella—. Lo siento. No estoy resultando muy agradable. —Ahora los dos estaban solos, o al menos todo lo solas que pueden estar dos personas en una habitación compartida con cuarenta o cincuenta hombres y mujeres—. A mí no me gustan estas fiestas.

—No, lo comprendo. Pero ésta sí que me gusta. Me refiero a que estoy encantado de haberla conocido.

—¿Por qué?

—Porque la he admirado a usted durante años, porque he leído sus libros y porque opino que es usted una gran mujer.

—Gracias. Eso es muy halagador.

—No pretendo ser halagador —dijo Devron—. Bueno, creo que sí. Quiero caerle bien.

—Usted no me desagradaba. No lo conozco... —Fue interrumpida por Goldberg, quien insistió en que Devron fuera a hablar con una estrella cinematográfica.

—Se lo he prometido, Dev —dijo Goldberg—. Sólo cinco minutos y podrás estar de nuevo con Barbara.

Goldberg se llevó de allí a Devron, y Jerry Kanter, el director escogido para su película, la única persona en aquella sala —aparte Goldberg—, a quien conocía antes de la fiesta y durante los pocos días en que ella había estado en Los Ángeles, se acercó con dos vasos.

—Necesitas un trago —dijo él.

—No. Gracias.

Kanter era cuarentón, delgado y no muy agradable.

—He visto que hablabas con el muchacho dorado —le dijo a Barbara.

—¿Quién?

—Devron.

—¿Quién es?

—¿Es que no lo sabes? Por supuesto, San Francisco no es que esté sólo a seiscientos kilómetros: es otro mundo.

—Lo siento. Cuando regrese allí, les diré que traten de acercar más las dos ciudades.

—¡Una gran idea! De acuerdo, te informaré. Los Devron crearon Los Ángeles..., al menos según su punto de vista. A ellos les pertenece la mayor parte del centro de la ciudad, y también son propietarios del *Morning World*. Tienen más dinero que Dios... ¡Oh, lo he olvidado! Eres una Lave-

tte. La oveja negra, pero, de todos modos, una Lavette. Quizá no tendrán más dinero que los Lavette, pero sí más dinero que Dios.

Barbara pensó que aquel hombre le desagradaba mucho. Le hubiera gustado poderle decir lo mucho que la disgustaba. Pero estaba escribiendo el argumento de una película, y él tendría que dirigirla, y aquello exigía paciencia.

—En cuanto respecta a Devron —prosiguió Kanter—, es el editor del *Morning World*. Ocupó el cargo el mes pasado. Algunos dicen que es gracias a su familia. ¿No quieres esta copa?

—No. No la quiero.

Ella se apartó de allí para evitar a aquel hombre y se encontró de nuevo frente a Devron.

—Ya no puedo soportar este lugar —dijo él—. Y por su aspecto, usted se siente igual. Marchémonos. Cenemos juntos, por favor.

—No puedo marcharme.

—Claro que puede. Sé que es usted la invitada de honor, pero la mitad de la gente de aquí no lo sabe, y a la otra mitad no le importa. Créame. Soy un veterano en estas estúpidas fiestas.

—Entonces, ¿por qué acude usted a ellas, Mr. Devron?

—He venido esta noche a conocerla, y ahora que ya lo he hecho, vayámonos de aquí, por favor.

Y sin saber muy bien por qué lo hizo, Barbara le permitió que la cogiera por el brazo y la condujera por entre la multitud hasta salir de la casa. Él le preguntó si ella tenía coche. Barbara le dijo que había llegado allí en taxi.

—Bien, entonces iremos en mi coche. Los coches son la pesadilla de este lugar. A propósito, ¿por qué ha salido conmigo?

—Para marcharme de ese lugar, supongo.

—Entonces no ha sido por mi bello rostro —dijo él, aunque tan ingenuamente que no sonó trivial—. Hay mujeres que desconfían, de entrada, de los hombres guapos, y yo